

fraternidad que está muy lejos de sentir el sujeto imperialista. Lo que quieren los hombres del Departamento de Estado es la liga a su imperio. Necesitan de nuestro comercio y nos lo arrebatan. No toleran competencias. La lucha es puramente comercial. Otras naciones imperialistas nos venden y nos compran productos. Lo que quiere decir, que tienen ingerencia en nuestra vida y aprovechan la inmensa geografía de un continente para movilizar riquezas. Pero el imperialismo que mueve ostensiblemente la maquinaria gubernativa de los Estados Unidos considera que estos pueblos le pertenecen por derecho natural. Entonces formula la conferencia para trazar la barrera económica. La América nuestra será una sola aduana norteamericana. El propó-

sito es excluir rivales. A Montevideo va el Departamento de Estado a acabar con la intromisión inglesa y alemana y francesa y japonesa en estos países. La industria norteamericana debe llenar nuestro comercio. La alianza es urgente.

Si Sumner Welles no pacifica a los cubanos la séptima conferencia quedará pospuesta. Aprovechemos para despertar opinión, para hacer pensar a estos pueblos que en Montevideo se ha dado cita el imperialismo para acabar con nuestra libertad de comercio. Y si somos vehementes y clamamos contra la proyectada iniquidad contendremos el mal. O al menos descubriremos la farsa.

Juan del Camino

Costa Rica y octubre de 1935.

Los niños de Pérez Galdós

NELL Y DOLLY

= Colaboración =

(Véase El Abuelo) (1)

Leonor y Dorotea, niñas de quin-ce y catorce años respectivamente, lindas, graciosas, de tipo aristocrático, la tez bronceada por el aire marino y el sol. Son negros sus ojos, rasgados, melancólicos; negro también su cabello peinado al descuido en moño alto. Se lo adornan con flores silvestres, que van clavando en él como se clavan los alfileres en un acerico. La diferencia de edad, un año y meses, apenas en ellas se distingue, y por gemelas las tienen muchos viendo la semejanza de sus rostros y la igualdad del talle y la estatura. Son ágiles, corretonas, traviesas; dos diablillos encantadores. Visten con sencillez graciosa y elegancia no aprendida trajecitos claros, cortados y cosidos en Jerusa. La modestia da más realce a su gentileza vivaracha y les imprime cierta gravedad dulce cuando están inquietas.—El Abuelo, por Pérez Galdós.

La adolescencia está ante ellas pero aun no han traspasado sus umbrales. El desalifio e inquietud de la niñez hallan estrecho el molde en que quieren meterlas, y se escapan para solazarse al sol, con la encantadora torpeza con que juegan los perrillos cachorros.

Nell y Dolly van y vienen, corretean y brincan como sólo los niños saben hacerlo. Pero de su inocencia festiva, la meditación quiere sacar un símbolo: estas dos ramas floridas forman una cruz, sobre la cual está clavada y sangrante la vanidad humana.

Su existencia es doble: una, por decirlo así, al aire libre; otra dentro del espíritu del abuelo. Pero en ambas partes viven con la maravillosa sencillez que hay en toda realidad. Triscan y alborotan en los dominios de Jerusa; para estudiar se ponen florido el moño; lanzan al aire el manual de Historia que se va a posar en una rama cual un pájaro, e invitan a las aves del cielo a echar un vistazo en la vida de Alejan-

dro Magno o de los reyes godos cuyos "nombres pican como las zarzas cuando una quiere metérselos entre la memoria". Y es que el Alejandro Magno y los reyes godos de los manuales de Historia, a pesar de su secular grandeza, no importarán jamás un comino a ningún niño de la tierra. La alegría brota en Nell y Dolly cristalina y fresca como el agua de esos amorcillos ornamento de fuentes, obra de algún famoso escultor; ramonean, haciendo cosquillas, en la menguada sabiduría de su maestro el infeliz don Pío, con la inocencia de dos cabritos en un campo misero en el cual apenas ha podido apuntar uno que otro brotecillo. Cuando se las mira revolotear en torno del roble añoso, casi abatido que es su abuelo don Rodrigo de Arista Potestad, se piensa en dos abejitas zumbadoras que tratan de fabricar su panal en un árbol soberbio pero humillado por el huracán, y buscan una oquedad propicia en el tronco para depositar la miel de su ternura. Se acogen al amparo de la madre, candorosas y confiadas, con el gesto eterno de todos los niños que piden protección y calor, sin pensar ni mal ni bien del regazo materno. Eso sí, cuando se las contempla en la oscuridad y torbellino que reinan dentro del cráneo del orgulloso noble, adquieren la apariencia de dos larvas crueles salidas de los huevecillos dejados allí por los prejuicios, más poderosos en la imaginación del hombre civilizado que los mismos instintos. Sí, allí son unas larvas que se están comiendo la paz del pensamiento; son la Naturaleza y la Ley, el Deber y el Instinto, el Honor y el Deshonor, el Pecado y la Virtud, el Bien y el Mal definitivos en lucha cada uno por imponerse sobre el otro. ¿En dónde la verdad dentro de esta sociedad amasada con tantos intereses contradictorios? ¿Qué dirían la

Nell y la Dolly que corretean sobre los campos si se asomaran al infierno que hay dentro de la cabeza de su abuelo, cuya inteligencia ha sido apacentada en la soberbia que da el poder, y que ahora rumia humillación? Se alejarían sin comprender. No se reconocerían en aquellas sombras trágicas y volverían a sus juegos sin saber de qué se trata. ¿Cómo puede ser que esta misteriosa sencillez que es su vida a punto de abrirse como una flor, con un principio igual al de "los caracolutos de la playa", se complique, atormente y bifurque así en la mente de un hombre civilizado? Del pecado de la madre, del adulterio, ha salido una de ellas. ¿Cuál? ¿Nell? ¿Dolly? ¿Por qué la hija del adulterio no ha sido marcada con el estigma del mal? No, su forma es semejante a la del fruto bendecido por la iglesia y aprobado por la ley y por lo tanto, grato a los ojos de la sociedad. La sangre azul de Albrit, permanece muda ante el imperativo llamamiento del anciano. A veces dijérase es Nell la que responde, a veces Dolly. Es que en realidad es la misma, viene del mismo manantial porque "Dios es el abuelo de todos".

Contra el pórtico romano de la iglesia de Jerusa, fondo duro del cuadro, se destaca la figura del conde de Albrit, severa y dolorida como la de un león caduco y abatido. Espera anheloso la palabra del prior que ha de revelar el temido secreto, que ha de decirle si es en Dolly o en Nell en donde está la verdad. El prior le va a decir cuál de las niñas es la hija de su hijo.

Sale del templo una multitud femenina, las cabezas tocadas graciosamente con su mantellina. Paasa Nell: su perfil aristocrático asoma por la abertura de la caperuza de franela blanca con adornos de seda que "le da aspecto de figura gótica arrancada de las vitelas de un misal antiguo. Su rostro de hermosas líneas adquiere distinción severa. Caen sobre sus hombros los pliegues de la tela con suprema elegancia". Se detiene Nell ante el abuelo abandonado por la riqueza y por lo tanto por los hombres; le dirige unas palabras amables que no comprometen, y se despiden sin pensar en la soledad y en la miseria del anciano. La comodidad llama a su egoísmo bien lejos de aquel lugar. Para que el recuerdo doliente del viejo no vaya a turbar su contento, lo invita a retirarse al abrigo que le ofrece el convento de Zaratán.

El señor de Jerusa y de Polán se va a través de los campos. Es un dejado de la mano de Dios y de los hombres. Su única compañía es don Pío, el maestro de las niñas, aquel don Pío que hiciera proverbial el decir: "¿qué malo es ser bueno!", tan infeliz que ya no aguanta más, y quiere que el señor de Albrit lo empuje por el acantilado y lo arroje al mar. El señor de Albrit contesta así a la petición:

—"Sí... morirás Pío; caerás rodando por el cantil... antes de llegar al abismo te harás pedazos... Morirás, sí. El hombre extremadamente bueno debe mo-

(1) Es éste el tercero de una serie titulada *Los niños de Pérez Galdós*; salieron los anteriores en los números 15 y 19 del tomo XV del *Rep. Am.*

mir. Es una planta viciosa, estéril... Sí, bendito Coronado: Verás con qué gracia y con qué denuedo te arrojo a la sombra inmensidad, como si lanzara una pelota. Aun tengo vigor para eso y para mucho más..."

Y luego la altivez de don Rodrigo irá tras la mansedumbre de don Pío. Sí, el viejo noble se lanzará él mismo al mar y todo acabará. Las olas pasarán su indiferencia sobre el orgullo del uno y sobre la humildad del otro.

Se detienen a descansar por última vez al amparo de las tres cruces de un calvario y departen así sobre el honor:

El Conde.—... quiero que me digas, gran filósofo: ¿qué piensas tú del honor?

Don Pío (lleno de confusiones).—El honor... pues el honor... yo entendía que el honor era... algo así como las condecoraciones... Se dice también honores fúnebres, el honor nacional, el campo del honor... En fin, no sé lo que es.

El Conde.—Hablo del honor de las familias, la pureza de las razas, el lustre de los nombres... Yo he llegado a creer esta noche... y te lo digo con toda franqueza... que si del honor pudiéramos hacer cosa material, sería muy bueno para abonar las tierras.

Don Pío.—Y criar la hermosa lechuga y el rico tomate. Para semilleros he oído decir que no hay nada como la gallinaza y la palomina.

El Conde.—Y para la hortaliza social, para este mundo de ahora, nacido sobre acarreos, la mejor substancia es la ignominia, la impureza y mescolanza de sangres nobles y sangres viles... Quedamos en que tú no aciertas a decirme qué es el honor, ni te has encontrado nunca esa alimaña en tus excursiones filosóficas. (La noche está plácida, y la luna, en creciente avanzado, platea el cielo y la mar, y baña en dulce claridad la tierra).

Don Pío (aguzando el entendimiento).—Pues el honor... Si no es la virtud, el amor al prójimo y el no querer mal a nadie, ni a nuestros enemigos, juro por las barbas de Júpiter que no sé lo qué es.

El Conde (con triste sonrisa).—Ya sales con tu Mitología... Por cierto que en la fábula mitológica no figura para nada el honor: los dioses hacían el amor a las hijas del pueblo, así como las diosas se enamoriscaban de cualquier pastor de cabras.

En esto aparece una pequeña figura que se adelanta hacia el calvario. ¿Quién es? Es Dolly, con su patita coja que viene en busca del conde. En vano la han arrancado del lado del abuelo y la han encerrado por orden de su madre. La señora quiere llevar consigo a las dos niñas a la vida mundana para que se diviertan y encuentren marido entre los condes y los marqueses. Pero Dolly no quiere abandonar al viejo arruinado que se queda tan solo y tan desvalido. Ha saltado la verja y ha logrado esca-

DOCTOR
EDUARDO FOURNIER QUIROS

MÉDICO Y CIRUJANO

Despacha en la Clínica del Dr. Figueres

CONSULTAS

De 10 a 12 y de 3 a 5

par. ¿Y por qué la patita coja? ¡Ah! es que en la huida se ha maltratado un pic. Alguien le avisó que había visto subir al abuelo hacia el calvario, y aquí está.

Sin embargo, Nell es la legítima y Dolly la espúria, la hija del adulterio! Así lo ha dicho el prior al conde, por orden de la misma madre dueña de la verdad. Por eso el conde dice a don Pío:

El Conde.—Soy todo amargura y más desgraciado que tú. ¿Sabes una cosa? Mis nietas que yo adoraba se diferencian poco de tus hijas. Con buenas palabras, Nell me ha arañado el rostro. Espinas de rosa rasguñan lo mismo que espinas de zarza... Y con todo, Nell es mi legítima descendencia y Dolly es una intrusa, la cria infame de la traición, que con fraude se introdujo en mi casa y se escondió entre los brocados de Albrit.

Por las fibrillas inmatrimoniales que se cruzan y entrecruzan para formar el pensamiento de un hombre, debe circular una corriente intangible que sale de la circulación de la sangre, como sale el vapor de agua—sustancia de nubes—del agua, alma del barro. Cuando la sangre del cuerpo se espesa y estanca, es porque falta fuerza para el impulso, fuego

para dar alas a lo que corre por el suelo. Los gases que resultan son pesados, apenas pueden arrastrarse a ras de la realidad. Entonces la vida mental no tiene aspiraciones, no acata sino a complacer las necesidades más inmediatas de la carne. La pobreza espiritual, tan frecuente en los nietos de abuelos poderosos, acaso sea el resultado de la debilidad de la sangre de sus venas que fué ardiente e impetuosa en estos abuelos, a los que impulsó hacia la aventura heroica, ya en el amor, ya en el odio; sangre en llamas que conquistó el bienestar sobre el cual se ha tendido muellemente el ánimo de los descendientes. Y este ánimo luchador se amodorró luego entre la tibieza de la lujuria y el hábito de la ociosidad, frutos de ese bienestar que tanto arrojo costara a los antepasados. ¡Gran destructora de espíritus es la comodidad! La llanta que resiste las piedras de los caminos queda inutilizada en una noche si se deja expuesta a la acción del continuo caer de una gota de aceite.

En las venas de Nell, marquesa de Bréda, corre sangre de la misma que alimenta las del conde de Albrit. Nell es el último vástago de aquel árbol cuyo escudo ostenta un león rampante con este lema: "Potestas Virtus". Mas no es la rama joven la que puede ofrecer un pie de amigo al viejo tronco. Para ello le falta energía, voluntad de renunciamento a la propia tranquilidad, sed de heroísmo. Es el ingerto, la bastarda, la falsa a los ojos de la soberbia humana, la que tiene un corazón agitado por sangre de contrabandistas, caliente y briosa, abrevada en la temeridad y en el desprecio a las viejas leyes y costumbres, extraña a la molición y al refinamiento, la que sabe volverse un báculo de amor para que el desvalido y debilitado señor se apoye y pueda se-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

guir su camino. Ya en otra ocasión fué la mano de la intrusa en la noble casa, la que se hiriera al apartar del paso del abuelo las zarzas espinosas; fué ella también la que lo condujo al abrigo a través de la tormenta, mientras la legítima se ponía a buen recaudo cuidadosa sólo de su flaco egoísmo. Y es Dolly y no Nell quien lo defiende de la odiosa ingratitude de los rústicos de La Pardiña.

Las ideas, los prejuicios, se vuelven patas arriba en la cabeza del conde.

En su alma ha habido un terremoto.

El Conde.—Dolly! ¿Pero qué? ¿Se abre la tierra y me traga?

Dolly (andando hacia las cruces, sin correr, porque cojea un poco, como si le doliera un pie) ¡Abuelito querido!... Lo que me ha costado encontrarte! ¿Sabes? Me escapé de casa. Corrí a La Pardiña, y en la puerta me encontré a la Marquesa con una cesta de caracoles, y me dijo que te había visto subir hacia el calvario. (Acercándose) ¿Pero qué haces? ¿Vuelves la cara?

(El conde agarra tan fuertemente a don Pío que parece querer estrujarle).

El traje hace al caballero
y lo caracteriza y

LA COLOMBIANA

DE

Fco. A. GOMEZ Z.



le hace el traje en abonos semanales, mensuales o al contado. Cuenta con un surtido completo en casimires y operarios competentes para la confección de sus trajes.

Teléfono 3285

Frente «Al Siglo Nuevo»
Contiguo a la Iglesia del Carmen

Don Pío.—Cuenta niña... Hemos oído mal. ¿Dices que te escapaste?

Dolly.—Tuve que saltar por la verja... Me lastimé un pie... A Monedero se le antojó ponerme presa en su despacho, porque dije a mamá que a todo trance quiero quedarme en Jerusa con el abuelo, y vivir siempre con él... ¡Lo que he corrido!

El conde.—(con estupor terrorífico). Veo la ignominia, veo la sublimidad, no sé lo que veo... Se hundió el cielo, se acaba el mundo o qué pasa aquí?

Dolly.—(acongojada). Papaíto, ¿por qué no miras a tu Dolly? ¿Qué dices? ¿Ya no quieres a tu Dolly?

El Conde.—(desconcertado). Eres mi oprobio... Dolly... ¿Por qué me amas?

Dolly.—Vaya una pregunta! (acariciándole). Ya te dije esta mañana en La Pardiña, que tu Dolly no se separará nunca de ti... donde tú vayas, voy yo... Váyase Nell con mamá: yo quiero compartir tu pobreza, cuidarte, ser la hijita de tu alma.

El Conde.—(con grandísima agitación). ¡Oh Dolly, Dolly!...

Dolly.—¿Qué tienes?

El Conde.—Parece que me ahogo... Es que Dios me abre el pecho de un puñetazo y se mete dentro de mí... Es tan grande, tan grande... ¡ay! que no cabe...

Dolly.—Si Dios entra en tu corazón, allí encontrará a Dolly con su patita coja... Abuelo, abuelo mío, cuando todos te abandonan, yo soy contigo. (le abraza y le besa).

El Conde.—(alelado). Cuando todos me desprecian, tu eres conmigo... El mundo entero pisotea el tronco de Albrit, y Dolly hace en él su nido.

Dolly.—Sí que lo haré... De veras te digo que si no me llevas en tu compañía adonde quiera que vayas...

El conde.—(vivamente). ¿Qué?

Dolly.—Me moriré de pena.

El Conde.—(abrazando a Dolly, como quien vuelve de un desvanecimiento). Dime, amigo Coronado, ¿he dicho muchos disparates? Porque siento que vuelve a mí la razón. Esta chiquilla trastornándome, me ha vuelto a mi ser, y yo, trepidando, recobro mi equilibrio. Ya ves... Todos me desprecian; ella sola me ama, y consagra a este pobre viejo su florida juventud.

Dolly.—(besándole). Albrit, ¿quién te quiere?

El Conde.—Tú sola.

Dolly.—No te llamaré Albrit sino abuelo.

El Conde.—Sí, sí: me gusta ese nombre... ¡Es tan dulce! Puedes darle el sentido que quieras.

Don Pío.—(con unción). Dios es el abuelo de todas las criaturas.

El Conde.—Por eso es tan grande. La eternidad, ¿qué cosa es sino el continuo barajar de las generaciones? Y ahora, Pío, gran filósofo: ¿si te dan a escoger entre el honor y el amor, qué harás?

Don Pío (sollozando). — Escojo el amor...

¿A qué evocar las amorosas y heroicas figuras de Antígona y Cordelia? Esas viven en nuestra imaginación con la intangible realidad que hay en los cuentos de hadas y en las leyendas. Su abnegación tiene algo de teatral y reclama el mármol. Además dijeron su amor y su dolor en otra lengua. Dolly es más nuestra, canta su ternura en nuestro idioma. Nadie ha tenido que traducirla para el mundo que piensa en español. Y su realidad no tiene nada de teatral. Acude adonde el amor la llama, con su patita coja.

Y con su patita coja ha ido a colocarse al lado de la hija de Edipo y de la hija del rey Lear. Cuando se piensa en la heroína de Sófocles o en la de Shakespeare, hay en la fantasía como la imagen de dos estatuas del amor filial. Cuando se piensa en Dolly la criatura de Galdós, es como si uno viera pasar frente al corazón a una muchachita de carne y hueso como nosotros, con la ternura en las manos, hacia un punto en donde la ternura se necesita. Va con el moño florido y una sonrisa en los labios a pesar de su patita coja. Y hay tanta sencillez en su actitud que nadie diría que camina hacia la inmortalidad.

Carmen Lyra

Costa Rica, 1935.

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

INDICE



OTROS LIBROS

Jorge Isaacs: <i>María</i>	2.50
A. Arthur Kuhnert: <i>El frente de guerra femenino</i>	3.50
Benjamín Jarnés: <i>Sor Patrocinio, la monja de las llagas</i>	3.50
Luis Joubin: <i>Metamorfosis de los animales marinos</i>	6.00
Hermann Kesten: <i>José busca la libertad</i> , General Krasnow: <i>Del Aguila del Zar a la Bandera Roja</i> : Génesis de la guerra.	3.00
Mariano Latorre: <i>Sus mejores cuentos</i> ...	4.00
Multatuli (Eduard Dauwes Decker): <i>Páginas selectas</i>	1.50
Jean Martet: <i>Confesiones de Clemenceau</i>	4.25
Gabriela Mistral: <i>Desolación</i>	6.00
Juan José Morató: <i>Pablo Iglesias, educador de muchedumbres</i>	3.50
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses</i> . Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval.....	3.50

Solicítelos al Adm del Rep. Am.